

texto íntegro de
LOS SECUESTROS

(Estampa en la Edad Media del "equilibrio de fuerzas")

original de

ANTONIO MARTÍNEZ BALLESTEROS

PERSONAJES

EL DUQUE
EL HOMBRE PRISIONERO
LOS DOS ESBIRROS
EL PRISIONERO
EL EMISARIO
LA DUQUESA
LOS DOS SIERVOS
EL OTRO EMISARIO

LA ACCIÓN TRANSCURRE EN LA EDAD MEDIA, EL TELÓN SE LEVANTARÁ CON LA ESCENA A OSCURAS, MIENTRAS SE OYEN UNAS VOCES.

VOCES.—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Ha robado un pan! ¡No le dejéis escapar! ¡Al ladrón!...

(Se oyen, todavía a oscuras, ladridos de perros, como si persiguieran a alguien. Luego un silencio. De pronto, un redoble de tambor a la vez que se enciende un foco que cae sobre una especie de bastidor en el lateral izquierdo. Colgado de este bastidor, con la soga al cuello, una pelele de trapo del tamaño de un hombre, con la lengua fuera. Sobre el pecho tiene un cartel que dice: "Ahorcado por robar un pan". Silencio. De repente, otra vez el redoble del tambor y un nuevo foco sobre el lateral derecho iluminando un segundo bastidor del que cuelga otro muñeco con un cartel en el pecho que dice: "Ahorcado por robar un queso." Silencio. Después, la irrupción de un golpe violento de música e iluminación del centro del escenario, en donde cae un hombre maltrecho, arrojado desde fuera. Ante él se levanta un trono, en donde reposa, majestuoso, el Gran Duque. Silencio. El hombre intenta levantarse, pero el esbirro 1.º y el esbirro 2.º, que han entrado detrás de él, se lo impiden, pegándole con sus armas.)

DUQUE.—¿Qué ha robado éste?

ESBIRRO 1.º—Pan y queso, señor.

DUQUE.—*(Severísimo)*.—¿Cómo es posible?

¡Ya no se conforman con robar una sola cosa? *(Al hombre caído)*. Dime, prisionero, ¿por qué has robado?

HOMBRE.—Porque tenía hambre, señor.

DUQUE *(Enfadadísimo)*.—¿Que tenía hambre? ¡Esto es inaudito! ¿Cómo puede atreverse un siervo a tener hambre sin el permiso de su señor? ¿Sabes cómo se llama tu pecado, siervo maldito?

HOMBRE.—Irreverencia, señor. Pero el caso

es que sigo teniendo hambre.

DUQUE *(Furioso)*.—¡Pues yo te prometo que nunca más volverás a tener hambre! *(A los esbirros)*. ¡Que le ahorquen! *(Los esbirros sacan de escena al hombre, a empujones. El Duque se acomoda en su trono. Nuevo redoble de tambor. Sube otro muñeco a la horca de la izquierda con un cartel que dice: "Ahorcado por robar un bocadillo." Los esbirros vuelven a entrar y hacen una reverencia al Duque. Este se pone en pie y les dice, magnánimo):* Alzaos. *(Los esbirros adquieren la posición vertical.)* Ahora escuchad mi edicto. Que no quede uno sólo de mis súbditos que no se enteren de mi nuevo decreto. Escuchad.

(Alza una mano como haciendo una señal. Y una voz, por micrófono, detrás del escenario, dice lo siguiente:)

LA VOZ.—Yo, Rodolfo, Gran Duque del Castillo Soberano, ante los frecuentes y repetidos delitos de robo, hurto, sustracción y atentado a la propiedad privada de orden divino, achacados siempre al hambre que alegan padecer los inculcados, vengo a salir al paso de tamaña calamidad, prohibiendo el hambre en los estómagos de todos los súbditos de mi territorio ducal, por lo cual, a partir de la promulgación del presente decreto, todos aquellos ciudadanos que tengan la desfachatez de hacer alguna ostentación pública del hambre de sus estómagos o intestinos, serán automáticamente condenados a morir vilmente en la horca. Por el bien de la comunidad humana y el fiel cumplimiento de la justicia. Firmado: Rodolfo de la Mosquera, Gran Duque del Castillo Soberano.

(Cesa la voz y el Duque baja la mano.)

DUQUE *(A los esbirros)*.—¿Habéis comprendido?

ESBIRROS (*A la vez*).—¡Sí, poderoso señor!
DUQUE.—¡Pues que se siga cumpliendo la justicia!

(Reverencia de los esbirros, que salen de escena. El Duque se sienta en su trono, mira a los peles colgados y se entretiene en contarlos.)

DUQUE (*Señalándolos con el dedo*).—Uno, dos, tres... (*Golpe violento de música y un nuevo prisionero es arrojado a los pies del trono. Tras él han vuelto a entrar los esbirros. Silencio. El Duque se le queda mirando como a un gusano. Luego le pregunta*): ¿Cuál es tu delito, prisionero?

PRISIONERO (*Desafiante*).—¡No puedo dejar de sentir hambre!

(El Duque se pone en pie, airado. Pero se contiene, quizá pensando en que el fin del prisionero va a ser el mismo, y se limita a comentar:)

DUQUE.—Además, irrespetuoso. ¡A la horca!

(Los esbirros le arrastran hacia la izquierda, pero un nuevo personaje, el emisario, entra por el lado opuesto y les detiene.)

EMISARIO.—¡Un momento! ¡Deteneos!
(Postrándose ante el Duque.) ¡Poderoso y honorable señor! ¡No podeis ahorcar a ese hombre!

DUQUE.—¿Qué dices, gusano? ¡Puedo ahorcarle puesto que soy el Gran Duque de la Mosquera y nadie podrá impedírmelo!

EMISARIO.—Eso es cierto, señor. Pero si ahorcáis a ese hombre nunca más volveréis a ser feliz en vuestra vida.

DUQUE (*Irritado*).—¿Cómo? ¿Maldiciones a mí? (*A los otros*). ¡Ahorcadle! ¡Rápido! (*Los otros empujan al prisionero nuevamente*). Y en cuanto a tí, profeta del tres al cuarto, agorero, traidor, siervo irreverente...

EMISARIO.—Llamadme lo que queráis, señor. Pero no se trata de ninguna profe-

cía. Yo sólo deseo vuestro bien y os digo que no podeis mandar ahorcar a ese hombre. Porque de él depende la vida de vuestra ducal esposa.

DUQUE.—¿Qué estás diciendo? ¡Explícate, rápido! (*A los esbirros, que salían con el prisionero*). ¡Vosotros, deteneos! (*Los esbirros obedecen*). ¡Ahora vas a explicarme ese galimatías! ¿Cómo te has atrevido a meter en la misma conversación a mi querida y ducal esposa y al vil prisionero?

EMISARIO.—Vereis, Gran Duque. El prisionero tiene amigos, partidarios, gente que no desea verle ahorcado, señor.

DUQUE.—¡Pues tendrán que taparse los ojos si no quieren verle en la horca! ¡Porque el prisionero ha incurrido en delito castigado con la pena de muerte! ¡Ha osado tener hambre y hacer manifestación pública de tal debilidad, lo cual es subversivo en mis dominios!

EMISARIO.—El caso, señor, es que ellos dicen que tener hambre no es ningún delito. Que es una necesidad fisiológica, como holgarse con mujeres y echar eructos para facilitar la digestión cuando se ha comido bien. Ellos dicen que no es nada subversivo.

DUQUE (*Atrado*).—¿Ellos? ¿Y quiénes son ellos?

EMISARIO.—Los amigos del prisionero, señor.

DUQUE.—¿Los amigos del prisionero? ¿Y qué haceis, que no los cogéis también prisioneros para ahorcarlos?

EMISARIO.—Porque no se han dejado, señor. Es más, hasta han empezado a permitirse también ellos coger prisioneros, como nosotros. Han dicho: "¡Nosotros también jugamos!" Y en un descuido mío me atraparon de los primeros. Pero, gracias a Dios sean dadas, me he podido librar. Es decir, me han mandado de emisario.

DUQUE.—¡Basta ya de simplezas o te mando ahorcar! (*Pensativo*). ¿Pero qué tiene que ver todo eso con mi ducal esposa?

EMISARIO.—Tiene que ver, señor, porque ella está con los amigos del prisionero.

La tienen en su poder. Un secuestro, señor.

DUQUE (*Sin comprender*).—¿Un secuestro? ¿Qué es eso de un secuestro?

EMISARIO.—Me he informado bien, señor. Según el diccionario, secuestro es... (*Saca un papel con algo apuntado en él.*) ...“aprehender los ladrones a una persona exigiendo dinero por su rescate.”

DUQUE (*Furioso*).—¡Aaah! ¡Pagarán con sus vidas tal atrevimiento! ¿Quieres decir que mi ducal esposa está en poder de esa chusma? ¿Que han osado tan gran sacrilegio? ¿Que exigen un dinero por su rescate?

EMISARIO.—En este caso no es dinero lo que exigen, señor, sino algo muy distinto.

DUQUE.—¿Puede saberse qué es lo que exigen, por todos los demonios?

EMISARIO.—La libertad del prisionero, señor.

DUQUE.—¿El prisionero? ¿Qué prisionero?

EMISARIO.—El que os disponíais a ahorcar, señor.

DUQUE (*Señalando al prisionero*).—¿Ese? ¡A ése no hay quien le libre de la horca! ¡Todo aquel que en mis dominios ose hacer ostentación pública de hambre o no sepa hacer callar el ruido de sus tripas es reo de muerte en la horca! ¡Es ¡la ley! ¡Y todo aquel que vaya contra esta ley será castigado por la ley! ¿Entiendes lo que eso significa?

EMISARIO.—Sí, señor. Que en cuanto podáis echar el guante a esas gentes también les mandaréis ahorcar.

DUQUE.—Veo que lo has comprendido. Pero vete corriendo a advertirles del peligro que corren. Bueno, no les adviertas de nada. Llévate la tropa suficiente para cogerles prisioneros, me lo traes acá y ya veremos cómo bailan en la cuerda. (*A los otros, con falsa compasión.*) En cuanto a ése, no le hagáis sufrir más y cumplid la sentencia. Dios tenga piedad de su alma.

(*Los esbirros empujan al prisionero, que se revuelve contra ellos.*)

PRISIONERO (*Increpándole*).—¡Cuidado con

lo que hacéis, Duque! Los tiempos cambian y vuestra esposa está en poder de mis amigos. (*El Duque se vuelve, airado.*) ¡Vuestra esposa puede morir!

DUQUE (*A los esbirros*).—¡Os ordeno que le hagáis callar de una vez! ¡Colgadle!

(*Los esbirros arrastran al prisionero fuera de escena. El emisario se llega al Duque.*)

EMISARIO.—El prisionero tiene razón, señor. Los tiempos cambian y ya no se puede seguir haciendo lo mismo impunemente. Conozco a sus amigos y sé que cumplirán su amenaza. Si él muere... ¡morirá vuestra ducal esposa!

DUQUE.—Te he dado una orden! ¡Cógelos prisioneros y tráelos ante mi presencia!

EMISARIO (*Rogando*).—¡Soltad al prisionero si es que queréis a vuestra esposa con vida! ¡Os juro que cumplirán su amenaza, señor!

DUQUE.—No se atreverán! ¡Una cosa así no ha ocurrido nunca ni ocurrirá! ¡El poder es el poder y sólo los suicidas se atreven a combatirlo! ¡Con ello han firmado su sentencia de muerte!

EMISARIO.—Es que ahora usan otros métodos, señor.

DUQUE.—¡Si fueran sensatos deberían saber que a mí no pueden declararme la guerra, porque no sobrevivirán para contarlo!

EMISARIO.—Pero ellos no declaran la guerra. Hacen solamente la guerrilla.

DUQUE (*Extrañado*).—¿La guerrilla? ¿Qué es la guerrilla?

(*Y en este momento una flecha se clava sobre el trono. La flecha trae prendido un papel. El Duque se lleva un susto mayúsculo. El emisario explica:*)

EMISARIO.—He aquí la contestación, señor. (*Desclava la flecha.*) Es el segundo aviso. Una carta de la Gran Duquesa. Es su letra.

(*Se la entrega. El Duque coge la carta sin poder ocultar ya su miedo,*

pues le tiemblan las piernas.)

DUQUE (*Nervioso, con mucho temor*).—Sí... es de ella... Esto quiere decir... ¡que realmente está en peligro! (*Redoble de tambores. El Duque corre al lateral por el que se fueron los esbirros.*) ¡Un momento! ¡Esperad a que lea la carta! (*Volviendo al emisario.*) ¿Qué hacemos?

EMISARIO.—Ya os he dicho, señor: Suspender la ejecución sería lo más prudente.

DUQUE (*Enfadado*).—Deja ya de decir tonterías! ¡Y léeme la carta! Yo no podría.

(Le da la carta.)

EMISARIO (*Leyendo*).—“Mi querido duquesito...” (*Al Duque.*) Sin duda, se refiere a vos, señor.

DUQUE (*Nervioso*).—¡Déjate de comentarios estúpidos! ¡Adelante!

EMISARIO (*Leyendo*).—“...Si deseas seguir holgándote con tu amorcito todas las noches, tendrás que dar libertad al prisionero. Sólo así podrás seguir montando a tu yegüita. Si no cumples lo que te piden me escabechan. Renata”.

DUQUE (*Extrañado y furioso*).—¿Qué significa eso? Mi ducal esposa no se ha expresado nunca en términos tan groseros. ¡Esa carta es falsa!

EMISARIO.—Vos mismo reconocísteis la letra, señor.

DUQUE.—Entonces la habrá escrito forzada, al dictado de esa gente soez. Mi ducal esposa es todo candor, delicadeza, poesía. Es algo angelical que no puede expresarse de ese modo.

EMISARIO.—Ya no podrá expresarse de ningún modo, señor, si no hacéis lo que os dicen en la carta.

DUQUE (*Consultando al emisario, como implorante*).—¿Tú crees... que no tengo otro remedio? ¿Que no volveré a ver a mi ducal esposa si no ...? (*De repente, en un rapto de ira*). ¡No puede ser! ¿Cómo es posible que el siervo se atreva contra el señor? ¡Eso no ha ocurrido nunca y nunca ocurrirá! ¡Habrá que darles un escarmiento que no olviden en

toda su vida! (*Yendo hacia la izquierda, gritando*). ¡Ahorcad al prisionero de una vez! ¡Que redoblen los tambores!

(Inmediatamente se oyen los tambores. El emisario se acerca al Duque.)

EMISARIO.—¡No hagáis locuras, señor! ¡Mirad que no conocéis bien a esas gentes! ¡Estais jugando con la vida de vuestra esposa! También ellos han construido horcas y...

(Un golpe de música violento le deja la frase cortada. Al mismo tiempo que aparece colgado otro muñeco en el bastidor de la derecha.)

EMISARIO.—Es el tercer aviso, señor. (*Señalando al muñeco*). Uno de los nuestros. La próxima vez será vuestra esposa.

DUQUE (*Con el miedo metido en el cuerpo, gritando hacia la izquierda*).—¡No, no, no! ¡Que no redoblen los tambores! (*Silencio. Suspira profundamente*). ¡Sentencia... anulada...! (*Al emisario*). Encárgate tú de arreglarlo todo. Devuélveles al prisionero. ¡Pero tráeme a mi esposa sana y salva!

EMISARIO.—Así lo haré, señor! (*El Duque se vuelve de espaldas, muy afectado, como no queriendo ver nada. El emisario se dirige a los de la izquierda*). Vamos. Traed acá al prisionero. (*Entran los esbirros con el prisionero*). Hemos de llevarle a sus amigos antes de que sea demasiado tarde para el canje.

(Empujan al prisionero hacia la derecha. Este, antes de salir, se desprende de los esbirros e increpa al Duque que sigue vuelto de espaldas, afectadísimo.)

PRISIONERO.—¡Atiende, Duque! Los tiempos cambian y ya no tendrás siempre el triunfo tan fácil. Hasta ahora todos hemos cedido ante tu poder. A partir de ahora tendrás que aprender a ceder tú también.

(El Duque se revuelve rabioso.)

Pero el prisionero ya ha salido, escoltado por los esbirros y el emisario. No obstante se acerca al lateral derecho e increpa desde allí)

DUQUE.—¡No le soltéis hasta que no liberten a mi ducal esposa! ¡Tened cuidado, porque si sois víctimas de un engaño os mando a vosotros a la horca! (*Se vuelve, pasea nervioso. Habla como para sí.*) ¡He sido un imbécil! ¡He caído en una trampa! ¡No volveré a ver a mi yegüi...! ¡No, no volveré a ver a mi duquesita nunca más! ¡Ellos la matarán (*Grandilocuente.*) ¡Adiós, dulces noches de placer legal! ¡Adiós, esposa legítima, calmante de mi sed de otras mujeres ante las que no tengo un derecho legítimo! ¡Adiós, tú que eras...! (*De repente corta su frase y queda pensativo.*) La verdad es que no era nada. Nada que valiera la pena. ¿Por qué hago tantos aspavientos? Sería poco inteligente si me amargara la vida lamentando su pérdida. Al fin y al cabo no era muy femenina, que digamos, sino más bien un poco machorra. (*Reflexivo.*) Habrá que ir pensando en sustituirla con una... ¿prostituta? Bueno, digamos favorita, en nuestro lenguaje ducal. Todas las favoritas que me apetezcan, porque lo cierto es que yo no me casaré otra vez. Ya está bien una equivocación. (*Piensa.*) ¿Y si me importaba tan poco, por qué he devuelto al prisionero? ¡Debiera haberlo ahorcado sin contemplaciones! ¡Ceder una vez es ceder siempre! Pero me he dado cuenta a tiempo. ¿Que matan a mi ducal esposa? ¡Muy bien! Desaparecido mi único lazo afectivo, seré más fuerte. A partir de ahora ningún obstáculo se interpondrá en mi camino. ¡Mi poder no tendrá límites! Y en cuanto a mujeres... ¡nada ni nadie me podrá impedir tener todas las que se me antojen! (*Arrogante.*) ¿Quién me lo impedirá?

EMISARIO (*Apareciendo en la derecha.*)—
Vuestra esposa, señor.

DUQUE (*Volviendo en sí.*)—¿Cómo?

EMISARIO.—Vuestra esposa vuelve sana y salva. Aquí llega.

(Efectivamente, entra la Duquesa, mujer no muy favorecida en el físico, escoltada por los dos esbirros.)

DUQUESA (*Echándose en brazos de él.*)—
¡Rodolfo! ¡Mi Rodolfo!

DUQUE.—(*Después de un primer momento de estupor, disponiéndose a continuar la comedia.*) ¿Mi Renata? ¿Sois vos? (*Palpándola.*) ¿No os hicieron daño esos bárbaros?

DUQUESA.—Me hubieran ahorcado si no hubiérais devuelto al prisionero, Duquesito Rodolfo. Es un cabecilla importante.

DUQUE.—¿Cabecilla? ¿Queréis decir que es el que los conduce? ¿Contra quién?

DUQUESA.—Contra nosotros. Contra el poder legalmente constituido. Son unos indeseables.

DUQUE.—¡Pues hemos de acabar con ellos. (*A los esbirros.*) ¡Coged todos los prisioneros que podáis y ahorcadlos! ¡Movilizad a toda la tropa! (*Los esbirros obedecen, seguidos por el emisario.*) ¡Ya verán esos canallas lo que es ponerse enfrente del Duque de la Mosquera! Si es preciso, ¡los exterminaremos a todos!

DUQUESA.—Pero hemos de fortalecer nuestro poder. Ellos se han hecho más fuertes. Tienen armas políticas nuevas.

DUQUE.—Ya lo sé: la guerrilla, la subversión, el terrorismo. Ya sé que no juegan limpio.

DUQUESA.—Por eso hemos de tener cuidado. Hoy por hoy somos los más fuertes, pero ¿y mañana?

DUQUE.—Mañana Dios dirá, Renata. Pero hoy el que caiga en nuestro poder... a la horca!

DUQUESA.—Ellos también tienen horcas, Rodolfo. Tendremos que vivir despiertos. Pero si ellos se están organizando para aumentar su poderío, nosotros tenemos que hacer lo mismo. Pensar en el futuro, en que continúe la defensa de nuestra causa cuando tú y yo ya no seamos jóvenes. Hemos de pensar en la valeder nuestro "status" por encima de nuestro "status", Rodolfo.

DUQUE.—Sí, eso es: el “status”. Debe prevalecer nuestro “status” por encima de todo.

DUQUESA.—Para ello, Rodolfo, tendremos que parir un hijo.

DUQUE.—Lo tendréis que parir vos: Renata. Yo, aunque quisiera, no podría hacerlo.

DUQUESA.—Quiero decir, esposo mío, que vos habéis de ponerme en tal camino. Bastaría con un... cariñoso empujoncito. Hasta ahora, que yo sepa, ninguna mujer ha podido tener descendencia por sí sola.

DUQUE.—Es verdad. La naturaleza es inflexible en sus reglas. Estoy dispuesto a colaborar con vos de buen grado, gentil Duquesa.

DUQUESA.—Y yo os lo agradezco, Gran Duque. Todo sea por el mantenimiento de nuestro “status”.

DUQUE.—¡Por el “status” legal y el mayor bien de la humanidad!

(Se abrazan. Dos siervos extienden ante ellos un tapiz con un dibujo erótico. De esta forma quedan invisibles para el público. Un toque solemne de cornetas. El emisario, llega muy serio y anuncia):

EMISARIO.—El Gran Duque y la Gran Duquesa se disponen a holgar toda la noche con el alto fin de lograr descendencia. El fruto de este “holgorio”, servirá para mantener la continuidad del “status” legal que todos disfrutamos y nos defenderá de la subversión del mañana. De la subversión de hoy ya nos defienden nuestros señores los Duques.

(Nuevo toque de cornetas y oscuro. En la oscuridad se oyen las voces de los Duques).

DUQUESA *(Su voz)*.—A cambio de este hijo, Rodolfo, has de prometerme no tener contacto carnal con ninguna otra mujer.

DUQUE.—Prometido, Renata. Al fin y al cabo, ha salvado el futuro de nuestro “status”. *(Y luego en voz más baja)*. ¡Qué

remedio!...

(Vuelve la luz al tiempo que se oye un golpe violento de música. El Duque y la Duquesa están en el trono. Ante ellos ha caído un nuevo prisionero. En pie, a su lado, los dos esbirros.)

ESBIRRO 1.º.—¡Le hemos sorprendido in fraganti, señor!

ESBIRRO 2.º *(Señalando al prisionero)*.—¡Tenía un ruido de tripas sospechoso!

ESBIRRO 1.º.—¡Han vuelto a sentir hambre, señor!

ESBIRRO 2.º.—¡Y hacen ostentación pública de ello!

DUQUESA.—¡A la horca!

DUQUE.—¡Ya habéis oído! ¡A la horca!

(Los esbirros empujan al prisionero hacia la izquierda. Por el lado contrario entra el emisario).

EMISARIO *(Postrándose ante los Duques)*.—¡Poderosos señores! Habéis de saber que los enemigos del “status” tienen en su poder a vuestro sobrino, Gran Duque. Dicen que le matarán si no libertáis al prisionero.

(Los esbirros que conducían a éste se detienen).

DUQUESA *(Con dureza)*.—No podéis escucharles! *(El Duque duda)*. Comprendo el amor que sentís por vuestro sobrino. Pero vos mismo lo habéis dicho. ¡Ceder una vez es ceder siempre! *(El Duque sigue dudando)*. Tenéis que defender nuestro “status”. Sobre todo ahora que tenéis un hijo.

EMISARIO *(Suplicante)*.—¡Pero señor, vuestro sobrino nada tiene que ver con esta disputa! ¡Es inocente!

DUQUESA *(Inflexible)*.—Ahora tenéis un hijo.

DUQUE *(Dejándose convencer)*.—¡Ahorcad al prisionero!

(Este aúlla entre los dos esbirros, que le arrastran fuera del escenario).

EMISARIO.—Tened en cuenta, poderoso señor, que si seguimos de este modo...

(Deja cortada su frase ante la iniciación de un redoble de tambores. Inmediatamente sube otro peleele al bastidor de la izquierda. Nuevo redoble por la parte derecha y nuevo peleele en el bastidor de este lado. Los Duques permanecen impassibles. El emisario está aterrorizado. Golpe violento de música y otro prisionero a los pies de los Duques).

DUQUE y DUQUESA *(A la vez)*.—¡A la horca!

(Los esbirros se disponen a llevárselo cuando entra por la derecha otro emisario.)

EL OTRO EMISARIO.—¡Un momento! ¡A este no le matéis! ¡Los enemigos del "status" tienen prisionera a la ducal hermana de la gentil Duquesa! ¡La ahorcarán a no ser que accedáis al canje! ¡Y la hermana de la gentil Duquesa es inocente, señor!

DUQUESA *(Al Duque, intencionadamente)*.—

Si no me equivocó, no mirábais con malos ojos a la coqueta de mi hermana. Y me prometisteis no tener contacto carnal con otra mujer que no fuese yo. Esta es la ocasión para demostrarme la

seriedad de vuestras promesas.

(Silencio. El Duque, atormentado por sus pensamientos, mirando a otro lado, señala con el dedo y pronuncia la sentencia).

DUQUE.—¡Ahorcad al prisionero!

(El prisionero es arrastrado por los esbirros. Impasibilidad en todos los personajes que permanecen inmóviles en escena. Redoble de tambor. Peleele en la derecha. Redoble de tambor. Peleele en la izquierda. Y así sucesivamente hasta llenar la escena de peleles colgados a un lado y a otro. Todos los demás personajes continúan inmóviles, impassibles. Cuando ya no caben más muñecos en ambos bastidores, el emisario mueve la cabeza, con pesar, y dice al otro emisario):

EMISARIO.—¡Y pensar que todo esto empezó porque unos tuvieron más hambre que otros!...

EL OTRO EMISARIO.—¿Pero hambre, de qué?

(El primer emisario, por toda respuesta, se encoge de hombros. Oseuro. Cae rápido el

T E L Ó N

